



ROSARNA

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Bar-
celonés de Obreros de San José; debien-
do dirigirse la correspondencia al Presi-
dente del Círculo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año. 10 reales.
Números sueltos. 1 »
Por cada diez suscripciones que se pro-
porcionen se dará una gratis.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; en todos los correspondientes
de la misma, y en todas las librerías católicas de España.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

*La doctrina Cristiana.—La noche y la conciencia.—La pornografía campan te
—Las barbas del vecino.—Actos de la Pía Unión.—Buenos ejemplos.—El Angelus
Domini en Montmartre.—Sección literaria.—Las pompitas.—Miscelánea.—Y viva
la libertad.—Entereza cristiana.—Muerte de una librepensadora.—El secreto del
francmasón.—García Moreno, Presidente del Ecuador, vengador y mártir del dere-
cho cristiano, por el reverendo P. A. Berthe.—Mártires del Sagrado Corazón.—El
Obispo de Orense ante la miseria.—Delante de la cruz.—Sobre la observación de los
días festivos.—Fruto de las escuelas laicas.—Una reforma social importante.—
Ejemplo no seguido.*

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Debemos recordar á nuestros amigos que cada primer domingo de mes, á las 8 de la mañana, se celebra una misa en el altar del Sacramento de la parroquia de Santa Ana, en la que reciben la comunión varias personas adictas á la Obra de la extinción de la blasfemia, cuya comunión ofrecen en desagravio á S. D. M. y como acto de expiación.

El mismo primer domingo, á las 4 de la tarde y en el local del Círculo, Riera de San Juan, 6, 2.º, se reúne la Sección de Propaganda, á la que pertenecen los señores eclesiásticos, pro-

fesores, jurisconsultos y demás de carrera literaria, propietarios, etc.

El segundo domingo, en el propio local y á la misma hora, se reúne la Sección de Industriales, á la que pertenecen los que se dedican á la fabricación, al comercio y á la industria.

El cuarto domingo, también á igual hora y en el propio local, se reúnen los que pertenecen al ramo de construcción, señores arquitectos, maestros de obras, carpinteros, albañiles, etc.

Todas estas sesiones tienen carácter público, pudiendo asistir personas que no pertenezcan á la Obra, pero que estén conformes con el espíritu que la anima.

ADVERTENCIA.

Para las reclamaciones dirigirse á la administración, Pelayo, 6, bajos ó al Círculo de Obreros, Riera de San Juan, 6, 2.º

LA DOCTRINA CRISTIANA.

ESTA doctrina sacó hace diez y nueve siglos, al mundo de los desórdenes y abominaciones de la idolatría, y viene desde entonces iluminándolo con la luz que derrama sobre cuantas cuestiones suscita el discurso de los hombres, fortaleciendo al mismo tiempo á éstos para resistir el embate de las pasiones y practicar las virtudes que son fundamento necesario del bienestar social en el mundo y requisito para alcanzar la felicidad de los cielos. La historia enseña que los pueblos han sido más dichosos, respetados y potentes á proporción que conocieron y practicaron la doctrina cristiana, descendiendo en la escala que señala la grandeza de las naciones así que por su olvido se hallaron sin freno la ambición, la codicia y todas las concupiscencias; cumpliéndose el antiguo proverbio: *la justicia enaltece á las naciones, pero el pecado hace miserables á los pueblos* (1).

Lugar sería éste oportuno, si quisiéramos hacer argumentos, de presentar el que ofrecen la sociedad contemporánea obligada á vivir en continua guerra ó en esa paz armada casi tan costosa como la misma guerra; la justicia y el derecho conculcados por la fuerza; las cuestiones más graves resueltas al impulso de un interés personal ó de partido; las clases sociales mirándose con mútua desconfianza, cuando no están en abierta lucha; hasta los vecinos de un mismo pueblo, que deberían estimarse como miembros de una sola familia, divididos en parcialidades que entorpecen toda empresa útil al común, ó reñidos por la codicia de miserables empleos cuando no por influencias de fuera, que con la ayuda de muchas ambiciones pequeñas pretenden satisfacer la suya; la familia frecuentemente abandonada por el café y la taberna en donde el juego es elevado á una especie de oficio ó carrera... En una palabra, *la sociedad fuera*

de su asiento, como dijo uno de nuestros principales políticos.

¿Cuál es la causa de esto? No faltará quién lo atribuya, y con razón, á la indiferencia de las Autoridades, al diluvio de escritos perversos, al caciquismo que impera en las poblaciones, á la predicación socialista, á los escándalos de la revolución, etc.; pero estas son causas segundas, efectos de otra causa primera, que conviene conocer para aplicar el remedio á la misma raíz del mal. La cual en concepto de personas doctas, está en que la generación presente y las últimas que le precedieron, no han sido debidamente educadas en la Doctrina cristiana.

Y en efecto la mayor parte de los que escriben contra la Iglesia y sus sagradas instituciones, ó diciendo defenderlas, embrollan las cuestiones y confunden á los lectores, hacenlo porque nunca aprendieron bastante el catecismo: por ventura después oyeron sermones ó pasaron la vista por libros ortodoxos; pero hiciéronlo sin gusto y sin aprovechamiento, como el que leyera disertaciones sobre puntos de matemáticas sublimes sin haber estudiado las elementales. A su vez si las personas sencillas que leen aquellos escritos supieran el catecismo y las cosas necesarias para salvarse, no se dejarían llevar del primero que les habla ni de esos papelotes escritos con tinta de calumnia y de impiedad. Quién lo dude, mire en su pueblo que teología estudiaron los que escriben, y cuantas preguntas de catecismo aprendieron los que levantan bandera contra el Párroco y se burlan de las cosas religiosas.

De estas dos categorías de personas salen los gobernantes indiferentes ó perseguidores y las turbas rebeldes á toda disciplina, los maestros de desorden y los discípulos que con ceguedad apenas concebible les siguen hacia el abismo de la perdición temporal y eterna: constituyendo entre todos la revolución que tiende á derribar los altares de Nuestro Señor Jesucristo y sumir otra vez al mundo en la barbarie de que lo sacó el Evangelio.

Queda así indicado el modo de impedir que se cumpla tan infernal propósito.


¡La enseñanza del catecismo! He aquí lo que puede detener la descomposición de la sociedad, y restablecer á ésta en su asiento, sanándole las llagas que hoy la afean y hacen sufrir tan dolorosamente: otros medios podrán ayu-

(1) *Justitia elevat gentem: miseros autem facit populos peccatum.* (Prov. XIV, 34).

dar, pero sin éste todos los demás serán ineficaces.

EL OBISPO DE SEGORBE.

LA NOCHE Y LA CONCIENCIA.

URRE frecuentemente, y de esto darían testimonio todas cuantas personas consultásemos acerca del asunto, que, en la soledad de la noche, á solas, por decirlo así, con nuestra conciencia y al entregarnos al descanso, en vez de dormir, velamos. Ocasiones hay en que el sueño huye de nosotros; y se enseñoorea de la imaginación ese molesto escozor de la conciencia, para perseguirnos con el fantasma de una falta que hayamos cometido.

Lo habréis notado mil veces, porque todos hemos faltado.

Parece como que el silencio, el aislamiento, la aparente quietud y la paz tranquila que nos rodea, son otros tantos enemigos que vienen á cooperar con febril insistencia, en la obra de negarnos el reposo que busca, en vano, nuestro cuerpo.

Nos agitamos en el lecho: damos vueltas y más vueltas, ensayamos nuevas posturas, procuramos alejar de nuestro alborotado pensamiento todo cuanto pueda contribuir á perturbar el reposo que anhelamos; y, sin embargo, aunque nada nos duela, aún cuando la materia no sufra, el espíritu vigilante padece, y mucho por cierto.

No hay horas más solemnes para el saldo de cuentas de nuestras acciones como las de la noche.

Siquiera el sol, con sus resplandores, fascina nuestra vista, el pisar de las calles de los seres que se agitan incesantemente, nos ensordece: el canto de las aves nos alegra, el ruido de las máquinas en movimiento, nos aturde, el monótono vocear de los que venden ó compran nos distrae, el silbido de la locomotora nos anima, el bullicio de la humanidad, en constantes oleadas, nos embriaga, ó nos fatiga.

Pero en las altas horas de la noche, aún en las grandes ciudades, el silencio impone y, si hemos faltado á nuestros deberes, la conciencia asusta. Vémosla, si delinquido hubiésemos, sin aparato, escueta, desnuda, como

desafiándonos con sus actas de cargo, oprimiéndonos el corazón y haciendo batallar nuestro cerebro. Porque el espíritu de conservación nos conduce hasta querer disculpar nuestras acciones malas, y entonces es cuando se entabla, entre la conciencia que acusa y el cuerpo que se defiende, esa terrible lucha que acaricia y protege el insomnio con sus crueles efectos.

El crimen, el vicio, la falta, adquieren á nuestros ojos exageradas proporciones; y es que á la luz de la oscuridad nocturna, si se nos consiente la paradoja, sin testigos, ni defensores, el alma pide estrecha cuenta á las pasiones desbordadas, y éstas se ven maltrechas y confusas para encontrar una disculpa á sus actos.

Y, como es natural, la materia sufre torturas y contrariedades, y, en vez de dormir, velamos.

Pero ¡cuán tristemente!

Porque si cuando los párpados se niegan á cerrarse, el niño inocente sonríe, el pecador suspira ó desfallece.

Parece como que el corazón, centro de las emociones, se revela en sus latidos, y los ojos vén, á su pesar, en ilusiones de óptica, todo cuanto de malo hemos hecho, sin atenuantes, antes al contrario, abultado por los esfuerzos de una imaginación calenturienta.

Necesario es confesarlo así: tales martirios son la expiación del pecado, la remisión de la culpa.

Hasta cierto punto, por supuesto, y esto cuando la bondad de Dios lo consiente así; porque no es más que el primer paso dado en el camino del arrepentimiento, el hilo que nos ha de guiar hasta el puerto en las tormentas de la conciencia.

Que, en seguida, viene la ley de nuestro Divino Maestro y las decisiones de la Iglesia, que ha establecido, ha fijado el derrotero que hemos de seguir para lavar la mancha en las purísimas fuentes de la penitencia.

Felices mil veces aquellos que al recorrer su pasado fantasmagóricamente, en el trascurso lento de una noche sin sueño, pueden mecer su pensamiento en el dulce recuerdo de buenas acciones tan solo.

Dichosos, sí, los que nada tienen que reprocharse durante la noche, á solas con la conciencia.

(*El Lucense.*)

LA PORNOGRAFIA CAMPANTE

Estamos en plena inmoralidad pública.

Los padres, los esposos, los hermanos, las personas decentes, hemos de aguantar la infame especulación de unos cuantos desvergonzados, que para ganar unos céntimos se han abrogado el derecho de escarnecer la decencia pública y atropellar el pudor de nuestras hijas, de nuestras esposas y de nuestras hermanas.

El descaro y la provocación ya no tienen límites, y no contenta la prostitución con invadir las calles y los paseos, tiene exposición permanente en kioscos y escaparates, y asociada con una especie de literatura de escribidores hambrientos, acecha al paso á cuantas personas de uno y otro sexo han de discurrir por la vía pública. Aportados á nuestro país el descoco de los bufos parisienses, las frases picarescas y los gestos impuros, ya no se limitan al escenario de un teatro, donde va el que quiere satisfacer sus deseos libidinosos, sinó que atacan á los ojos, quieran ó no quieran ver, y presentan, no ya á la adolescencia, sinó á la infancia misma, provocativos libelos, títulos llamativos, grabados pornográficos y estampas lascivas, que son el verdadero escarnio del artículo 586 del Código Penal.

La licencia del grabado y la imprenta han llegado á un punto que jamás había alcanzado. Empezóse por ridiculizar los hombres públicos, los gobernantes y las notabilidades políticas; el placer de ver ridiculizado al contrario y expuesta su caricatura en los puestos de venta de fósforos y periódicos, excitó el lápiz y la pluma de algunos chispeantes artistas y aprendices de literato; y se calló la autoridad y se olvidó la ley; del hombre político se pasó al Vicario de Jesucristo, y á los prelados y á los sacerdotes y á los monaguillos. El campo del escándalo y la ridiculez quedaba ya espigado; era necerario recordar los tiempos de los sátiros y las bacantes; y como era escabroso vender en cafés ciertos albums que valieron alguna paliza á sus espendedores, arrojóse el resto de vergüenza que quedaba, y desde entonces tenemos la pornografía campante en todo sitio público, y cuanto más público y concurrido, mejor, porque es más fácil la venta.

¿Con qué derecho, con qué razón, se ha de tolerar tanta infamia? Si la ley es ley, y autoridades hay que tienen el ineludible deber de

hacerla respetar y cumplir, ¿por qué privilegio ha de quedar borrado para estos descarados autores y vendedores el artículo 586 del Código Penal? Dice éste sin distinguos ni evasivas, ni excusas, ni subterfugios sinó con la severidad de lenguaje propio de toda ley: — *Serán castigados con la pena de arresto de uno á diez días y multa de cinco á cincuenta pesetas; los que con la exhibición de estampas y grabados, ó con otra clase de actos, ofendieren la moral y las buenas costumbres, sin cometer delito.*

Es mal viejo ya el que con pretexto de obras de arte, se presentan en las Exposiciones de pinturas, nacionales y extranjeras, un gran número de cuadros, en los cuales no se trata ya un asunto mitológico, sinó que se presentan al desnudo todas las formas y todas las actitudes más provocadoras, no académicas, como antes se las llamaba, sino completas exhibiciones de ramera y mujeres que años hace han perdido toda idea de rubor: al fin y al cabo, á quien repugnan estos cuadros, ó á quien pueden ofender estas obscenidades, nadie le obliga á entrar en el local de la Exposición. Hemos llegado ya al extremo, de que quieras que no, la fotografía, la acuarela, el grabado iluminado ó en negro, está por todas partes donde hay un cristal ó un kiosco, para asaltar á todo el que no sea ciego, destruyendo la educación, despertando lo que todo jefe de familia cuida que esté dormido, marchitando en capullo la inocencia más recatada. Y es que los autores de estos escándalos, acostumbrados á vivir rodeados de meretrices, encenegados siempre en el vicio, extenuados por las pasiones, sólo gozan corrompiendo á los demás, escarneciendo la moral, ultrajando las buenas costumbres, porque ellos años hace las olvidaron.

No se excuse con el hambre y la necesidad de vivir, el que haya quien dedique sus horas á dibujar las asquerosidades propias del lupanar, ó á escribir cuartillas que sólo pueden leerse entre personas que han perdido toda noción de la dignidad personal; porque esta excusa demostraría el grado de abyección á que tales autores han llegado. Solo el afán de difundir el mal y de embrutecer la juventud, es lo que mueve á estos desdichados dibujantes y escritores, que saben encontrar cómplices dóciles en la ignorancia de los que expenden sus productos.

Varias veces en las gacetillas de algún pe-

riódico se ha clamado contra el abuso que lamentamos ; pero las medidas y las órdenes de la autoridad, resultado de aquellas quejas, han caído luego en desuso , pues parece que en ciertas materias , las prohibiciones deben repetirse cada día. Recordamos que hace dos ó tres años un gran número de señoras elevaron una breve pero enérgica exposición, al Gobernador de esta provincia reclamando la intervención de su autoridad y apelando á su celo, para que se pusiera coto al escándalo, y se consiguió. Pero luego, aquella autoridad cesó en su cargo, sus agentes se creyeron relevados de las órdenes recibidas, y la invasión de los papeles inmundos y los dibujos más inmundos aún, lo ha ido corrompiendo todo, no obstante que el artículo del Código no está derogado, sino cada día más escarnecido , porque escarnecer la ley es, conocer lo que ordena y hacer al revés de lo que prescribe. Si cada ciudadano se erigiese en fiscal en estas materias (y tiene perfecto derecho para ello) y arrancase por lo menos , un día y otro , del sitio en que aparecen, aquellos papeluchos, el cebo de la ganancia se acabaría muy pronto : contra la libertad de ofender, existe la libertad de corregir : contra el vicio de insultar, hay el remedio de atajar en su camino al insolente. Y es insolencia verdadera , y es ofensa continua lo que está pasando sin correctivo y sin protesta formal.

El hombre más despreocupado , si conserva un resto de su dignidad y de su decoro , deténgase un momento en la Rambla , examine los títulos de ciertos cuadernos, fije su mirada en los reclamos de ciertas figuras, en la intención de tantos dibujos , todo asequible al primer niño, ó al imberbe mozalbete , y diga si por mera educación considera lícito este comercio con mercancía tan hedionda. Pues si esto no tiene duda, ¿ cómo es que cada día aumenta el catálogo de estas producciones pornográficas? ¿Es por el consumo? No dichosamente , porque aun en el ignorante hay buen sentido moral ; sinó porque hay cierta clase de personas tan inmorales , que buscan con afán estas lecturas y estos dibujos ; y este pequeño círculo de aficionados alienta á los autores á dar variedad de temas sobre el mismo asunto , y aumenta más y existe más esta variedad porque no se castigaseveramente este comercio nefando y este negocio que sólo se explota en París, Madrid, Barcelona y Nápoles.

¿Qué idea de la cultura de nuestro país han de formarse los extranjeros cuando ven que este ramo no encuentra un solo agente de orden público que lo vigile y lo corrija? Si un día , en un sitio público , se abriera un local en el cual gratuitamente se enseñara á robar ó á destruir en un momento los más ricos vestidos de las señoras, ¿no clamaría todo el mundo contra esta inmoralidad? Pues no encontramos menos tolerable este negocio que el robo de la honestidad y la destrucción de la inocencia , que se cometen á mansalva con las exhibiciones que lamentamos. Si un repartidor de entregas se atreviese un día á dejar en una habitación una novela infame, de seguro que á puntapiés se le echaría á la calle ; y sin embargo , se exhiben todas las infamias de la pornografía en los lugares más públicos , á la faz de las autoridades y sus agentes, sin haber una persona resuelta y animosa que arrime algún sendo varapalo á estos escaparates inmundos, erguidos en medio de los sitios más frecuentados.

No queremos las medidas violentas ni que justos paguen por pecadores ; pero la cosa ha llegado al punto de ser intolerable. Si la autoridad no hace cumplir el artículo del Código Penal, será preciso que el ciudadano á quien se insulta con estas exhibiciones , conteste á esta libertad con la libertad de la chamusquina ó del porrazo, porque al fin y al cabo, si se estropean algunos ejemplares, no costarán tanto como importaría la multa que el Código impone además de la pena personal. Porque no queremos esta medida extrema , que provoca el descaro de los especuladores , porque deseamos que la ley se cumpla y se obedezca cada día, por esto, creemos un deber que todos los periódicos y todas las publicaciones levanten la voz, como alzamos la nuestra , hasta el despacho de nuestras autoridades y las suplicamos corten el terreno á la pornografía, y hagan constante *tabula rasa* de todos estos impresos y grabados que deshonran nuestra ciudad, que ofenden á todas las personas honradas, y confiamos que en esta tarea de *pública decencia*, en este asunto aun de *mera educación*, nos han de ayudar todas las personas amantes de su decoro y de la moral pública.

(*El Criterio Católico*).

LAS BARBAS DEL VECINO

Tras del liberalismo el socialismo: esta profecía que Donoso Cortés y tantos otros católicos hicieron á su tiempo, se está realizando rigurosamente. Hablen si no el pauperismo de Inglaterra, los 448,000 obreros que á causa de las huelgas han quedado sin trabajo en los Estados-Unidos durante 1886; la sangre que estos mismos días corre en Bélgica entre la tropa y los socialistas, y hable también el príncipe de Bismarck, que por huir del socialismo acaba de hacer la paz con la Iglesia.

Cierto que en España no han llegado las cosas al extremo todavía, pero todo es cuestión de tiempo, cuánto más que aquí sabemos correr y aún volar por ciertos caminos.

Los católicos de Francia que viven en medio del peligro nos dan un buen ejemplo de laboriosidad, de inteligencia y de abnegación en estos momentos. Su mayor conato es actualmente resolver la cuestión obrera, aplicando á este temeroso problema las soluciones católicas, y su principal mérito el no contentarse solamente con palabras, pues mientras, elocuentes diputados y distinguidos escritores defienden la libertad y la moralidad del trabajador, hay industriales eminentes como M. Harmel, propietario de la manufactura de Val-de-Bois, que recorre las provincias con el intento de atraer á los obreros al campo cristiano, y de persuadirlos con hechos patentes que está en su interés el hacerlo. Así, muchos infelices abren los ojos, y prosperan los *Círculos católicos* de trabajadores, y adelanta el plan de restauración de los antiguos gremios.

En el banquete dado en Marsella á M. Harmel, un obrero se expresaba así: «El trabajador es víctima hoy de la organización, ó más bien de la desorganización que nos trajo la Revolución de 1789. Por desgracia, como le han arrancado la fé y alimentado de mentiras no mira hácia el único lado de donde puede venirle el remedio, que es la religión. Mientras esto dure, de nada servirán los emplastos y paños calientes, que con nombre de filantropía y otros azucarados nombres nos ofrece la revolución. Esto no hace más que gangrenar la llaga, y conducirnos á la miseria y al embrutecimiento.

«Vosotros, señores, habeis hallado el remedio, animados por el espíritu de Aquel

que amó tanto á los que trabajan que se llamó el hijo del obrero. Habeis visto á ese enfermo grave que se llama la clase laboriosa, habeis derramado constantemente bálsamo sobre sus llagas, y le habeis llevado á la Iglesia, donde los ministros del Señor acabarán su curación.

«Gracias, señores, en nombre de todos los trabajadores que sufren. El obrero no pide la libertad sin freno, ni esa igualdad imposible que exige que todos seamos ricos ó todos por-dioseros, ni la fraternidad hipócrita que predica el egoísmo, y arma al padre contra el hijo, y á éste contra su padre. Pero tiene sed de esa libertad cristiana que le lleva á Dios sin trabas, de esa igualdad y esa fraternidad que á despecho de las diferencias de clase, talento y fortuna, nos hacen hermanos en Cristo, con un solo Padre que está en los cielos, y nos promete un común banquete para la eternidad.»

¡Ojalá todos los trabajadores participasen de la misma sensatez!

Es de advertir que el cardenal Gibbons de Baltimore no ha querido volverse á América sin visitar recientemente la fábrica de Val-de-Bois, de cuya cristiana y admirable organización salió sorprendido y encantado.

De los escarmentados nacen los avisados y prudentes: ¿por qué hemos de echar en olvido semejantes lecciones? ¿No es un espectáculo consolador y edificante el que recientemente han ofrecido los obreros tipógrafos de la *Hormiga de Oro*, santamente recogidos en sus talleres, haciendo los *Ejercicios espirituales*, bajo la dirección de un P. de la Compañía, para prepararse al cumplimiento pascual?

(*El Lucense*).

ACTOS DE LA PIA UNIÓN

El domingo, día 3, bajo la presidencia de D. Juan Martorell, primero, y después bajo la del Rdo. D. José Ildefonso Gatell, se reunió la sección de Propaganda, leyendo el Sr. Secretario algunos sueltos de diarios de la localidad que se ocupaban de nuestra Obra Pia y en especial de las gestiones que ésta, en virtud de un indisputable derecho, trata de practicar para con las autoridades, á fin de que se cumpla lo que ordena la legislación vigente res-

pecto á la blasfemia. El Sr. Prats, hizo algunas consideraciones respecto á la oportunidad y conveniencia de leer en las sesiones los sueltos de determinados diarios, y después de una breve discusión se acordó que esta lectura no se hiciera sin previa autorización de la presidencia, manifestándose al propio tiempo que la Pia Unión agradecía el que los diarios católicos se pusiesen de parte de la Obra como se ponían siempre, y que ésta seguiría adelante en su camino sin hacer caso de los alarides de impiedad que se permite cierta prensa librepensadora, que se empeña en manifestarse reñida hasta con el decoro público.

El Sr. Martorell anunció para el domingo próximo la instalación de la sección de Beneficencia, citando los nombres de las personas que constituirían la mesa.

Conforme estaba anunciado, el domingo día 10, instalóse la Sección de Beneficencia, bajo la presidencia honoraria del Rdo. D. José Ildefonso Gatell y la efectiva de D. Adolfo Prats. Después de breves preces con que se inauguró la Obra, se dió principio á la sesión, procediéndose á la lectura del Reglamento por que la misma ha de regirse, el cual se empezó á discutir por artículos. Examinóse si convenría extender la acción de la Beneficencia fuera de los límites del Círculo; y después de alguna discusión en la que terciaron los señores Guasch, Fernandez, Prats y algunos otros de los asistentes, acordóse que los beneficios de la nueva sección se limitaran á los individuos de la Obra Pia, y en particular del Círculo de Obreros, ya porque para la Beneficencia general había establecidas las Juntas parroquiales, las Conferencias de San Vicente de Paul, la Caridad Cristiana y otras que llenan perfectamente su cometido, ya porque siendo como era tan fácil ingresar en la Obra Pia y en el Círculo de Obreros, debía procurarse á nuestra Institución este estímulo más.

Después de tratarse de algunos detalles respecto á la admisión de solicitudes implorando socorros, á la manera de visitar á los necesitados, y á los medios para procurar socorros á la sección para que pueda llenar sus caritativos fines, se levantó la sesión.

En la propia tarde se reunió la sección de

Industriales presidida por el Sr. Prats, en la que se dió cuenta de nuevas gestiones que trataban de practicarse cerca de las autoridades para la represión del vicio de la blasfemia y del decidido apoyo que estaba dispuesta á prestar la Obra Pia á las asociaciones ó particulares que trabajasen en la observancia de los días festivos. En la propia sesión estimulóse el celo de los concurrentes á fin de que, ya valiéndose de la colocación de rótulos, ya de otros medios que se estimaran convenientes, se procurase la extinción de la blasfemia, en talleres, edificios en construcción y demás puntos en donde hay aglomeración de obreros.

BUENOS EJEMPLOS

En los Estados-Unidos se ha promulgado una ley, hecha en el Congreso, por la cual comienza el reposo dominical el sábado al medio día.

Desde esa hora quedan prohibidos los trabajos; y en todas las oficinas y establecimientos públicos y privados se suspenden las operaciones.

—*El Angelus Domini en Montmartre.*—En la artística parroquia de San Pedro de Montmartre, desde algunos siglos veníase dando culto al Corazón Sagrado de Jesucristo, y aquella primera simiente de devoción tan preciosa ha dado fruto inmenso de incalculable importancia.

¿Cómo prever en la alborada del esplendente día (cual dice nuestro incomparable Verdaguer) los designios de la bondadísima Providencia de Dios en convertir el *monte de los mártires* en colosal dispensario de las misericordias infinitas del corazón divino? Bien era dulce presagio de tanta ventura la fundación de la Compañía de Jesús en aquel sitio; pero ni la enamorada Margarita de Alacoque, ni el tiernísimo Hoyos, hijo del gran Loyola, hubieran podido idear ni desear más suntuosidad y grandeza para ofrecerla al dulcísimo Imán de sus amores, que el realizado con la construcción de la magnífica Basílica dedicada al Sagrado Corazón, que por voto nacional de Francia se levanta, coronando majestuosa la cima de aquellas cumbres, desde donde han de caer sobre París, que á sus pies se mueve, torrentes abundantísimos de gracia.

A la luz del sol poniente, desde el atrevido andamiaje levantado para rematar la dorada gigantesca cúpula que ha de señorear las otras erguidas en los cuatro ángulos del soberbio edificio, bello, bellísimo es contemplar la ciudad, ahora en su inmensa mayoría dedicada al solo desarrollo del progreso material; como en vez del fuego asolador, que habían de vomitar contra ella seiscientas bocas de cañón de

gran calibre, allí apuntados por los comuneros, en justo castigo de tantas abominaciones y veleidades, se reflejan mil luces vivíficas de los pintados ventanales, que pregonan las misericordias de Cristo; y anuncian, cual crepúsculo, la plenitud de las vislumbres de redención divina, que ha de proyectar la sin par cúpula batida en cristal y oro finísimo.

En la dominadora altura á que nos fué dado subir, por la amabilidad de un renombrado sacerdote catalán, residente allí, desde que, dejando el púlpito en días que la voz del misionero era ahogada como siempre por las mogigaterías mestizas, la obediencia religiosa le designó ese sagrado recinto por campo de multiplicada conquista de almas; bello, bellísimo es oír el bronce de las campanas de Nuestra Señora, San Sulpicio, la Magdalena y cien otras, convidar á la decidida falange católica á invocar á *la que es terrible cual escuadrón formado en batalla*, y recordar á los sibaritas que *el hombre no vive de solo pan*.

Bello, bellísimo el panorama; bellas, encantadoras las ideas que se agolpaban en la mente; jamás podremos olvidar la impresión del *Angelus Domini*, rezado de rodillas en el móvil grandioso maderámen, surcado de carriles y pertrechado de ingeniosísimas máquinas, dispuestas á colocar uno tras otro los miles de enormes sillares en la bóveda del vastísimo templo.

Habíamos recorrido todos los ámbitos del fastuoso santuario; leído los millares de nombres de pequeñas lápidas de marmol que decoran sus paredes recordando la piedad y el agradecimiento; visto las columnas preciosas, dádiva de particulares y corporaciones; admirado la sábia arquitectura del ábside de la inmensa cripta, que habíamos visto por la mañana festividad del Sagrado Corazón de Jesús, con una concurrencia de tres mil personas que repetían *Corazón Santo, tú reinarás*; habíase nuestro amor patrio complacido viendo cómo allí se levantan altares á Santa Teresa, á Santo Domingo de Guzmán, á San Ignacio de Loyola, á San Isidro y á San Juan de la Cruz, y nuestro entusiasmo por las bellas artes saciándose al contemplar como los poetas, los músicos, los pintores, los escultores y los oradores católicos tenían allí especialmente su testimonio de adhesión á Cristo, que han de perpetuar graníticas columnetas; había asomado el rocío del corazón por nuestros ojos ante la hermosísima imagen de Jesús en la sublime actitud de atraer á sí á todos los humanos, todo eso habíamos visto, sentido y admirado; aun para cerciorarnos de la magnitud material de tan ostentosa fábrica habíamos medido los dos metros de espesor de sus muros, los cien metros de largo de una de las capillas laterales y los cincuenta de su anchura; sabíamos que los cimientos tenían treinta y seis metros de profundidad, y se nos había enterado de las incalculables sumas invertidas en la construcción, pues sin contar el trabajo de labrar y colocar los sillares, la carretada de arena se paga á 15 francos, la de cascajo á 20 y la de piedra á 30. De todo esto y más,

para enardecer nuestra ya exaltada imaginación, se nos había dado cuenta, y no había ¡ay! ni de mucho el corazón sentido lo que nos esperaba en la ya célebre capilla de los Agonizantes.

El anciano Padre Oblato, que nos sirvió de guía, había ido relatándonos con la galanura de frase y claridad de concepto que le son propias, los sucesos maravillosos acaecidos bajo aquellas esbeltas arcadas, y al llegar á ese sitio de severísima tristeza, apoyado en una de las ocho robustas columnas, brillaron sus ojos y una furtiva lágrima rodó por su semblante venerable. Aquí, nos dijo con voz entrecortada, se obró un milagro estupendo, que para final de tantas impresiones, voy á referir á ustedes.

Había acompañado á un conocido escritor parisien á reconocer la Basílica y las maravillosas obras que han visto ustedes, llevada á cabo por el republicano Ayuntamiento de París para embellecer este sitio con una cascada de proporciones gigantescas, presupuestadas en diez millones de francos; y al llegar á esta capilla, la campana de San Pedro señalaba el *Angelus Domini* del medio día. A pesar de saber que mi compañero era todo lo descreído que darse pueda, díjele:

—Usted no tomará á mal que yo, siguiendo mis prácticas religiosas, rece á María Santísima el *Angelus*—y quitándome el bonete, me arrodillé ante esta imagen del Señor crucificado.

Al levantarme ví á nuestro hombre de espaldas, apoyada la cabeza en esta columna y tapada la cara con ambas manos. Me chocó; dejéle por unos momentos pensando si tal vez algún triste recuerdo le había asaltado considerando que la capilla se llama de los Agonizantes; más al prolongarse tal actitud por algunos minutos, me acerqué y ví que lloraba.

Entonces, tocándole ligeramente la espalda, díjele: —Ea, vayamos; déjese usted de pensamientos tristes.

Y cual fué mi asombro, vuélvese, é hincándose de rodillas prorumpe en copiosísimo llanto, y exclama: No, padre mío, no; no son ideas lúgubres, sino el remordimiento lo que me tortura. Treinta años hace que no había rezado el *Angelus Domini* con que mi madre me acostumbrara á saludar á la Virgen, y he abandonado la fé, y no sé cómo podré volver á ella.

—Animo, ánimo, amigo mío, contesté, tomándole cariñosamente la mano. Recemos juntos el *Angelus Domini*, y María Santísima hará lo demás.

Rezamos el *Angelus Domini*, y el descreído escritor continuó de rodillas para hacer en aquel mismo instante una confesión general, en que las lágrimas de ambos inundaron de alegría nuestros corazones. ¡Un *Angelus Domini* rezado en Montmartre bastó para trocar un alma empedernida!

¡Con qué confianza no rogaríamos en aquel sitio para la conservación de la fé de España, para la conversión de tantos pecadores, para alcanzar gracias á nuestras familias, á nuestros amigos, á nosotros mis-

mos! ¡Con qué seguridad pedimos bendiciones para nuestra empresa de propaganda católica!

JOSÉ DE PALAU Y DE HUGUET.

(*La Unión.*)

SECCIÓN LITERARIA

LAS POMPITAS

Con espuma de jabón,
Por un canuto de caña,
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcón,
En la calle un zagalón,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cojellas;
Más, al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.

«¡Zagalón, qué necio eres!»
(Dice un Quidam), pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Porque los hombres deliran;
Que, cuando lejos se miran,
Cautivan el corazón,
Más se ve que nada son
Cuando, al tocarlos, espiran.

P. Cayetano Fernandez.

MISCELANEA

Y viva la libertad.—Una señora de Montauban, tan cristiana como caritativa, ha sido víctima del farisismo francés.

La señora Roquefeul enseñaba el catecismo á algunos niños con objeto de prepararlos para la primera Comunión. El tribunal alarmado con tan *grave escándalo*, instruyó proceso y la ha condenado por instalación ilícita de una escuela.

Entre los considerandos en que se funda el fallo, hay uno que resultaría jocoso, si no fuera, infame; el celo excesivo de la señora Roquefeul por la instrucción religiosa.

Entereza cristiana.—Cuando Enrique VIII de Inglaterra se separó de la Iglesia porque el Papa no quiso anular su legítimo matrimonio, mandó que

fuesen á su palacio dos religiosos, llamados Peito y Ustovo, y les dijo:

—Si no os declaráis partidarios de la Reforma, os haré arrojar al Támesis.

A lo que contestaron ellos:

—Nosotros sólo deseamos ir al cielo, y lo mismo nos da llegar allí por tierra, que por mar.

Muerte de una libre pensadora.—El 2 del actual, en el Portazgo de Roussillon, una desgraciada mujer de setenta y seis años, que vivía en concubinato, decía viendo salir de la iglesia á las personas que habían asistido al oficio vespertino: «¡No cayera el techo de esa *barraca* para aplastar á todos esos clerizontes y bolarates!»

«Segura estoy que no había de cogerme debajo.»

Así ha sido en efecto; pero á la mañana siguiente se la sacó *aplastada* de entre los escombros de su casa que se había desplomado durante la noche.

Excusado es decir á nuestros lectores que la desdichada viejecilla ha merecido los honores de ser *enterrada civilmente*.

—Hallábanse en una tertulia, entre otras muchas personas, un sacerdote y su señor conocido de todos como burlón y nada religioso.

—Yo, padre Cura (le dijo), no me confieso por la sencilla razón de que no tengo pecados.

—Pues, señor mío (le replicó el sacerdote), sólo hay dos clases de personas que están libres del precepto de la confesión: las que no han llegado al uso de la razón y las que lo han perdido.

El secreto del francmasón.—Un venerable religioso Pasionista refiere el siguiente suceso:

«En Brooklyn (Estados-Unidos) fui llamado para asistir á un moribundo. El paciente era un alemán, al que había tenido ocasión de encontrar varias veces. Su hija única, excelente católica, me previno que su padre era francmasón.

»Después de oírle en confesión, le pregunté si había pertenecido á alguna sociedad secreta.

«—Sí, Padre, soy francmasón; pero ya sabe V. que en América eso no es malo.

«—Está V. equivocado, le dije. La francmasonería está condenada en todas partes. Es preciso que se retracte V. de lo que la hubiese V. prometido y que me entregue V. las insignias que tenga.

»El enfermo opuso algunas dificultades, pero había conservado la fe y firmó, por fin, la retractación que le redacté: tuve sin embargo que hacer nuevas instancias para que me entregara el mandil, la escuadra, la banda y el ritual que tenía encerrados en un armario cerca de su lecho. Le expliqué la necesidad de que se despojara de aquellos objetos, si quería probar que su arrepentimiento era sincero, y eficaz su vuelta á la Iglesia. Salí llevándome aquellos despojos y muy contento por haber arrancado un alma al demonio.

»La hija me esperaba en el vestíbulo.

»—¿Y bien, me dijo, mi padre se lo ha entregado todo? ¿Se ha reconciliado con Dios?

»—Hé aquí la prueba, respondí, enseñándole los objetos.

»Los cogió, los examinó uno por uno, y con aire triste me dijo.

»—No está todo no le ha costado trabajo entregaros sus insignias, quizás algo más le habrá costado entregaros el libro que es peculiar á su grado; pero aún tiene otra cosa.

»—¿Y qué es?

»—Un escrito cuyo contenido ignoro: mi padre me mandó que en cuanto muriese se lo llevase al jefe de su logia. Está sellado y debe ser un secreto importante.

»Volví á ver al enfermo y le dije:

«—Amigo mío, ¿por qué me engañais? Vais á comparecer ante Dios: ¿creeis acaso que escaparéis á su justicia? ¿No teneis algo más que entregarme?

«El enfermo quedó consternado. Notélo en la palidez de su rostro y en la turbación de su mirada. Por fin dijo con cierto embarazo:

»—Ya os lo habeis llevado todo; nada más tengo que entregaros.

»—Aún teneis algo: un escrito como el que hacen los francmasones.

»—Estais equivocado, Padre mío; nada tengo.

»Redoblé mis instancias, pero fueron inútiles: el demonio triunfaba. Empleé cuantos medios me parecieron eficaces en tal ocasión. Nada obtuve: el enfermo negaba ó no respondía. Entonces la hija abre la puerta, se arrodilla á los pies de la cama y exclama:

»—¡Padre mío, por favor, salvad vuestra alma. No me hagais desgraciada: ya que decís que me amais, probádmelo ahora!

»El enfermo no esperaba esta salida: los besos y las lágrimas de su hija le conmueven; ella le prodiga tiernas caricias, palabras tiernísimas; le habla del cielo que va á perder.

»Entonces el enfermo dice:

»—Tú sabes que nada oculto.

»—No es cierto, padre mío, responde la hija con tono inspirado y firme; siempre habeis sido franco: no hagais que me avergüence de vos. Entregad al sacerdote el papel que me encargásteis llevara al venerable de la logia.

»A estas palabras el enfermo dió un rugido; pero después, haciendo un esfuerzo, dice suspirando:

»—No hija mía; no te avergonzarás de tu padre. Toma esta llave que pende de mi cuello: abre el cajón y entrega al Padre el papel que encierra.

»Después cayó desfallecido.

»La hija, rápida como la centella, ya había cumplido la orden y me entregaba el pliego sellado, exclamando:

»—¡Victoria! mi padre se ha salvado: ha vomitado el veneno!

»Esta escena me conmovió profundamente. El va-

lor de esta joven me recordó el de las cristianas de los primeros tiempos. El enfermo vivió aún algunas horas, y sus últimas palabras fueron un acto de fe y de esperanza.

»Abrió en presencia de su hija el pliego lacrado. Era un juramento firmado con sangre. Había oído hablar de estos escritos, usuales entre los jefes de la francmasonería; pero cuando recorrí aquel papel, apenas podía dar crédito á mis ojos. Era un juramento de guerra sin fin ni tregua contra la Iglesia, el Pontificado y los reyes, y contenía terribles maldiciones para el caso en que violara su palabra. Entregué el papel al Sr. Arzobispo para que pudiera apreciar como yo la infernal malicia de la francmasonería.»

Hasta aquí el relato del Padre Pasionista. Este hecho entre mil prueba que la francmasonería es en todos los países la enemiga mortal del Cristianismo, de la Iglesia católica y de todas sus instituciones, del Pontificado espiritual y del temporal, lo mismo que de todas las autoridades legítimas así civiles como religiosas.—(*La Cruz de la Victoria.*)

García Moreno, presidente del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristiano, por el reverendo P. A. Berthe.—No podemos dar á conocer de mejor modo la comovedora historia del héroe del Ecuador, muerto por el puñal francmasón el 6 de Agosto de 1875, que insertando un extracto del prólogo de la obra que lleva el título del epígrafe, recientemente publicado en París.

«Diez años hace que anunció la prensa la muerte de un personaje, del presidente de la República del Ecuador, uno de esos Estados revolucionarios que hemos visto nacer de la desmembración de la Colombia. Treinta años después de Bolívar, y sin mostrar el menor respeto á los *inmortales príncipes de la revolución*, este hombre logró barrer todos los miserables que medraban á costa del pueblo soberano, é instaló en su país un Gobierno tan católico como el de D. Luis. En 1862, á pesar de todos los liberales, firmó un Concordato, en que se devolvía á la Iglesia toda su libertad, y en 1867 una Constitución destinada á hacer de su pueblo el verdadero pueblo de Cristo, en medio de tantas naciones sin Dios. En 1870 tuvo el valor de protestar contra la invasión de los Estados Pontificios, cuando todas las demás naciones se hacían cómplices de los brigandajes italianos, reconociendo un poder usurpador; llegó á obtener del Congreso un subsidio para el Pontífice cautivo. Al mismo tiempo consagraba su República al Sagrado Corazón de Jesús y mandaba poner en todas las catedrales una lápida en conmemoración de tan gran acontecimiento. En menos de diez años realizó en un país completamente pobre y arruinado progresos admirables, tanto en el orden moral como en el intelectual.

Naturalmente, los demócratas, á quienes había arrojado del poder, y los mismos partidarios de la

Iglesia libre en el Estado libre, le odiaban con todo su corazón; pero su brazo de hierro les tenía á raya á unos y á otros. Por último, como viesan que el pueblo, reconociendo á este bienhechor, le confirmase por tercera vez la suprema magistratura, decretaron su muerte las logias masónicas. Súpolo él, y escribió al Papa estas sublimes palabras:

«¡Sea yo digno de verter mi sangre en defensa de la Iglesia y de la sociedad!»

Dios le juzgó sin duda digno de esto que deseaba, pues el 6 de Agosto de 1873 fué muerto por la revolución. Sus últimas palabras fueron el grito de un mártir: *¡Dios no muere!*

En el Ecuador fué su muerte llorada por todos los buenos, y en Europa los católicos le acompañaron en su duelo. Pío IX hizo elevar una estatua al nuevo Carlo Magno americano, en aquella Roma cuyos derechos había defendido con tanto celo, y el Congreso del Ecuador le rindió el siguiente homenaje:

«Considerando que el Excmo Sr. D. Gabriel García Moreno, tanto por su gran inteligencia como por sus virtudes, ha merecido ocupar el primer puesto entre todos los hijos del Ecuador:

»Que consagró su vida y su genio á la regeneración y prosperidad de la república, apoyando las instituciones políticas en el sólido fundamento del principio católico;

»Que con la magnanimidad de los grandes hombres arrostró la calumnia, la difamación y los sarcasmos impíos, dando al mundo ejemplo de inquebrantable firmeza en el cumplimiento de su deber;

»Que amó la religión y la patria hasta el punto de sufrir el martirio por ellas, dejando á la posteridad su memoria iluminada por la aureola de sus virtudes;

»Que colmó á la nación de inmensos é innumerables beneficios en el orden material, intelectual y moral;

»Y por último, que la nación debe gratitud y honor y gloria á los ciudadanos que saben ennoblecerla y servirla:

»El Ecuador, por boca de sus legisladores, da á García Moreno el título de *Regenerador de la patria* y el de *Mártir de la civilización*. A fin de que la posteridad le honre y estime, le elevarán una estatua de mármol con esta inscripción: «Al Excmo. García Moreno, el más grande hijo del Ecuador, muerto por la religión y por la patria, la República agradecida.»

»Por lo cual hemos creído que García Moreno no debía cruzar como un meteoro en medio de sus contemporáneos, sin dejar marcada su estela. No poner en toda su luz una personalidad como ésta, sería arrebatarse á Dios la gloria de sus obras, y arrebatársela á ella á la inmortalidad, á que tiene derecho aún sobre la tierra. Sería además privar al linaje humano de un gran socorro, porque la historia de García Moreno nos da una lección providencial, que acaso sea la última, antes del cataclismo previsto por todo el mundo y que él solo quiso conjurar.

»Dígnese Dios, que nunca muere, hacer fecunda la sangre del noble mártir y resucitar sobre su tumba otros regeneradores bastante inteligentes para comprenderle, y bastante valerosos para imitarle.»

Sólo nos resta decir, después de esto, que mientras se publica una esmeradísima traducción de esta obra, destinada á producir grandes bienes, y de lectura interesantísima, el libro francés, que forma un hermoso tomo en 4.º prolongado, se vende en todas las librerías católicas al precio de 3 pesetas.

(De *La Fé.*)

—A un hombre se le antojó un día ir á robar trigo en el campo de su vecino, y provisto de un saco, toma de la mano á un niño suyo de pocos años, y se pone en camino. Llegado al campo, mira y atisba por todas partes, á derecha y á izquierda, por delante y por detrás, y no viendo á nadie que le observase, abre el saco, y empieza á llenarlo de trigo, cuando el chiquitín le dice:

—Papá, hay un camino que todavía V. no ha observado.

El hombre, suponiendo que alguien iba á llegar, volvió á mirar más fijo en todas partes, y viendo que los caminos estaban todos sin un alma viva, preguntó al niño de cuál camino hablaba. El niño contestó:

—V. se ha olvidado de *mirar arriba*.

La voz de la inocencia penetró en el alma de aquel hombre: vacía el saco, toma de la mano á su niño, y más que de prisa vuelve á su casa. La conciencia le decía: *Dios te ve*.

—Un rico vicioso, como va en coche, y no á pie como el vulgo de los hombres, recorre en breve tiempo la larga carrera de su vida; usa y abusa en diez años de los placeres que podían llenar una vida de cincuenta; y visto todo y agotado, y viejo en medio de su juventud, encuentra para entretenerse.... el fastidio.

El pobre labrador que trabaja seis días para descansar y solazarse en el séptimo, es más feliz que ese hombre; porque siempre sabe bien el pan que se baña con el sudor de la frente.

(*La Controversia.*)

—Las fiestas masónicas no tienen por solo objeto corromper las costumbres, sino además hacer que se rinda á Satanás el homenaje que se debe á Jesucristo. Después que se ha suprimido la procesión del Corpus, la voluptuosidad se pasea en París sobre un trono de flores. El año último se han inaugurado las fiestas del Sol ó de Apolo. Dadas á conocer por periódicos que se llaman conservadores, pero que en realidad son órganos de los judíos, que constituyen la fuerza de la masonería, estas fiestas han sido admitidas en las costumbres, bajo frívolos pretextos; pero su verdadero carácter no se descubre sino poco á poco y á medida que lo consiente la prudencia.

El Catolicismo en Alemania.—Un periódico protestante de Berlín, la *Gaceta Eclesiástica Evangélica*, dice lo siguiente:

«Hace algunos años que vemos á la Iglesia católica en Alemania adquirir un desarrollo y una influencia siempre crecientes. En el momento en que nuestra Iglesia se ve á punto de sucumbir bajo la indiferencia de las clases ilustradas y el odio de las clases obreras, Roma se ha ganado las simpatías de los príncipes, de los nobles, de la clase media, de los labradores y de los obreros.

«Los católicos alemanes emprendieron esa lucha brillante con la monarquía más poderosa de la tierra, y en ella han obtenido el triunfo. Por espacio de diez años, el Centro ha sido el jefe parlamentario del Reichstag, y hoy no se puede combatir al Centro sino satisfaciendo las reivindicaciones de los católicos.

«Al mismo tiempo, la Iglesia católica ha adquirido una gran influencia en el terreno social. Llena de actividad en la literatura y en la vida de asociación, ha impedido el triunfo del socialismo y se la considera como á la partidaria de las grandes reformas económicas é iniciadora de la regeneración social.

«No podemos negar que la Iglesia católica ha dejado muy atrás á la Iglesia protestante, y que trabaja para mantener y ensanchar esta distancia. Su actitud es mayor cada día, y se ve halagada y considerada en los Parlamentos, amada por los pueblos. Es un gran poder del que no se puede prescindir.»

Téngase en cuenta que, además de hallarse publicadas estas frases en un periódico protestante, han sido escritas por el pastor Sloecker, el más encarnizado enemigo de la Iglesia del otro lado del Rhin.

(*La Correspondencia Eclesiástica.*)

Mártires del Sagrado Corazón.—Era en la batalla de Savenay, sepulcro de los heroicos vendeanos: un grupo de quinientos próximamente pidió cuartel al verse acorralado; mas por toda contestación recibieron una descarga cerrada de los revolucionarios.

—Que se levanten los que no estén heridos (gritó el oficial que había mandado el fuego), pues la República, grande y generosa, los perdona.

Cuando se levantaron los pobres desdichados, una segunda descarga sonó. Era el perdón prometido.

Entre los fugitivos iba un anciano sacerdote, que fué herido mientras auxiliaba á los moribundos. Refugióse en el castillo del señor de la Billiais, donde se recibía á todos los desgraciados, y siguió su camino.

Acusado de haber ocultado á un sacerdote, el señor de la Billiais fué arrestado con su señora é hijas y condenado á muerte, sin soltar una palabra acerca del sacerdote fugitivo para que pudiera ponerse á salvo, muriendo en el cadalso con admirable serenidad.

En seguida se procedió á la acusación de su señora y sus dos hijas, Clara y Carolina, de veinte y dos y veintinueve años respectivamente. El delito que el tri-

bunal les imputaba era el de haber distribuido escapularios del Corazón de Jesús. Las nobles prisioneras confesaron tranquilamente que se gloriaban de semejante crimen.

El señor de la Billiais era, á la verdad, un caballero á la antigua, gozaba de gran prestigio y vivía retirado en su castillo, haciendo mucho bien y emprendiendo obras por ocupar á los que carecían de trabajo, distribuyendo limosnas, aprovechando sus conocimientos jurídicos para componer y evitar pleitos. Su señora é hijas le secundaban en todos los ministerios de la caridad.

Dos meses se prolongó la prisión de estas heroicas mujeres, después de la muerte del señor de la Billiais. Su favor y admirable conformidad con la voluntad divina las hacía superiores á todas las pruebas. Cuando oyeron que se las perseguía por amor al Corazón de Jesús, cambiábase su resignación en alegría, y rezaban juntas todos los días las oraciones de los agonizantes. El día 7 de Marzo las llamaron al tribunal para leerles la sentencia de muerte, y á las dos de la tarde fueron conducidas al cadalso.

Iba la madre entre las dos hijas, hablándoles y animándolas al martirio.

Al llegar á la plaza de Bouffay abrazáronse las tres por última vez, dándose cita para el cielo. La más joven y bella, Carolina, se había consagrado á Dios tiempo hacía, pero la revolución la hizo salir del claustro, donde se preparaba á la profesión religiosa. En el momento en que se disponía á subir al cadalso, la inocencia, la juventud y el candor que resplandecían en su rostro conmovieron á un oficial republicano, que, acercándose, declara á la joven que le va á salvar la vida si consiente en concederle su mano.

—Prefiero la muerte,—contestó sencillamente la doncella cristiana.

Ya uno de sus jueces le había sugerido que disfrazase la verdad para salvar la vida, pero Carolina rehusó.

La señora de la Billiais había pedido por gracia ser ejecutada la última, á fin de morir segura de que sus hijas no vacilaban, pues para aquella celosa madre era menos cruel verlas morir que abandonarlas entre impíos. Cuando le llegó su vez bendijo al Señor y entregó valerosamente su cabeza al verdugo.

Por el mismo crimen que las anteriores, es decir, por distribuir imágenes del Sagrado Corazón, fué acusado y encarcelado un excelente sacerdote, Juan Benart, capellán del hospital de Rennes. En la cárcel reinaba á la sazón una enfermedad epidémica, y cayó enfermo; pero mayor que su dolencia fué su celo, mediante el cual convirtió á muchos de sus compañeros de infortunio. Apenas pudo andar, fué conducido ante el tribunal revolucionario y condenado á muerte, no solamente como cura *refractario*, sino por habersele encontrado *signos de rebelión* (!), es decir, imágenes del Corazón de Jesús. El buen clérigo respondió á sus jueces:

—Doy gracias á Dios de morir por haber llevado esos indicios de mi fé y de mi confianza.

Y tomando su crucifijo, marchó valerosamente á la muerte.

—No menos interesante y patético fué el sacrificio de Victoria de Saint-Luc. Pertenecía esta doncella á una nobilísima familia, y su padre era consejero en el Parlamento de Bretaña. Victoria aprendió el latín para poder consagrarse con más fruto á Dios en el Instituto de las Damas del Retiro. Además manejaba diestramente el pincel, y ponía sus delicias en pintar imágenes del Sagrado Corazón. Era muy alegre de carácter, y solía decir que su ideal sería morir por Cristo y á los treinta y tres años.

El Señor se encargó de realizar su sueño dorado.

Nueve años llevaba de religión, siendo espejo en que se miraban sus hermanas, cuando estalló la revolución. Enferma estaba cuando se presentaron los esbirros á intimar á aquellas débiles mujeres su adhesión á las leyes de la República. No sabía Victoria lo que habían contestado sus hermanas, pero sin vacilar dijo al comisario:

—Rechazo las leyes nuevas, y si tengo que afirmar mi protesta con sangre, la firmaré.

Vuelta á la casa paterna, Victoria, cuya paciencia y amenidad edificaban á todos, aparte de otras buenas obras, continuó consagrándose á la pintura de imágenes del Sagrado Corazón.

Un año después fueron á prenderla; y habiéndole preguntado por qué hacía y distribuía *imágenes de superstición*, Victoria contestó:

—Sabeis que soy religiosa, y no debeis extrañar que me haya ocupado en hacer imágenes devotas.

Sus padres fueron igualmente encarcelados con ella como nobles sospechosos.

Una año pasó Victoria viajando de cárcel en cárcel, apurando la copa del sufrimiento en todas sus horribles manifestaciones. A muchos infelices presos convirtió. ¡Cuántos la dirigían groseras injurias ó cínicas palabras! Dos mujeres particularmente le pagaron sus bondades con pérfida ingratitud. Victoria, por socorrerlas, se desprendió hasta de la ropa necesaria, y en recompensa las miserables le robaron los objetos que le quedaban, y la golpearon cruelmente. Victoria sufrió con paciencia angelical; y habiendo una de aquellas mujeres caído gravemente enferma, la cuidó, veló y limpió como una madre, prestándole los servicios más humillantes.

Angustiada por carecer de los Sacramentos, Dios le deparó un sacerdote, también condenado á muerte que la confesó á través de una puerta entornada.

Reunida con sus padres en la prisión de la conserjería de París, tuvo el dolor de ser separada los últimos quince días, mas pidió á Dios la gracia de reunirse con ellos antes de morir, y lo consiguió. El padre, la madre y la hija comparecieron juntos ante el tribunal de sangre, y fueron condenados á muerte. Vic-

toria era sentenciada á la última pena *como religiosa y propagadora de imágenes supersticiosas*.

La valerosa doncella pidió á sus jueces el favor de ser ejecutada la primera.

Después de haber exhortado á sus padres, recordándoles la dicha de morir por aquel que murió por nosotros en cruz, les habló del cielo, y con el acento de una mártir concluyó diciendo:

—*Padre y madre queridos: vosotros me habéis enseñado á vivir; pues bien, con la gracia de Dios, yo voy á enseñaros á morir.*

Y al punto se dirigió al cadalso.

Pocos momentos después, las tres víctimas habían consumado el sacrificio.

Victoria de Saint-Luc murió á los 33 años, como Jesucristo, y murió mártir por haber sido propagandista de la imagen del Divino Corazón.

(De *Los Ecos de María Inmaculada*.)

El Obispo de Orense ante la miseria.—He aquí la hermosa carta Pastoral que este respetable Prelado acaba de dirigir á sus diocesanos, con motivo de la horrorosa catástrofe producida en aquella comarca por la fuerte tempestad de que tienen ya conocimiento nuestros lectores:

«*El Obispo de Orense al venerable clero y fieles de su amada diócesis.*—Ya sabeis, venerables hermanos y amados hijos, los desastres causados pocos días há por una nube de granizo y piedra en varias comarcas de nuestra amada diócesis, y especialmente en las llanuras de Amoeiro, donde quedó el suelo completamente arrasado, viéndose los pobres habitantes en la mayor miseria, privados de todas las cosechas y hasta de los pastos para ganados.

En tan afflictiva situación, Nos deseamos por los medios que estén en nuestra mano prestar algún consuelo y contribuir al remedio de las familias sumidas hoy en la indigencia. Y como nuestro óbolo sea insuficiente para subvenir á tantas necesidades, no podemos menos, venerables hermanos y amados hijos, de llamar á las puertas de vuestros corazones, confiados, en que una vez más daréis pruebas de vuestra generosidad y desprendimiento.

No desconocemos lo muy oprimidos que estais ya con la multitud de gabelas y reiteradas peticiones; no obstante, tratándose del socorro de vuestros hermanos y vecinos, habréis de hacer sacrificios aun mayores que cuando os pedimos para los de otras provincias.

Compadezcámonos todos de tanta miseria y tengámonos por más felices en dar que el necesitado en recibir, según aquello del Evangelio: *Beatius est magis dare quam accipere*. Dios que sabe recompensar con el cien doblado los sacrificios que por Él se hacen, bendecirá vuestras cosechas y multiplicará vuestros frutos y trabajos.

Al indicado objeto se abre desde esta fecha sus-

erición en nuestra secretaría de Cámara, en donde se recibirán las limosnas que se entreguen.

Mandamos á los párrocos y demás encargados de la cura de almas exciten la piedad de sus feligreses y les encarezcan la necesidad de elevar fervientes oraciones al cielo á fin de evitar nuevos desastres.

Recibid entre tanto en prenda de nuestro amor la bendición que os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

De nuestro palacio episcopal de Orense á 27 de Junio de 1887.—CESÁREO, *Obispo de Orense*.—Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor, Lic. *Anastasio Alonso Flórez*, maestrescuela, secretario.»

El Excmo. é Ilmo. señor Obispo encabeza la suscripción con 250 pesetas.»

Delante de la cruz.—Es Dios quien habla á los hombres y les dice:

¿No podeis subir hasta donde está mi gloria? Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros y tendré toda mi gloria donde vosotros esteis. ¿No teneis ciencia para conocerme? *Creed* en mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á mí la muchedumbre de las gentes? *Desead* que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicación y la gloria del apostolado. ¿No teneis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? *No importa: pedidme* á mí que los sedientos beban y que los hambrientos coman: y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed os serán imputados en el cielo. ¿Estais cargados de dolencias y de días, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? *Desead* padecer: y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires.

¿No podeis ser misericordiosos? Sed pacientes: y tened por cierto que seréis tan grandes ante mí por vuestra paciencia como los otros por su misericordia. ¿No podeis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si juntamente hubierais levantado á mí la voz y las manos. ¿Sois mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí, que yo sigo la voz de los espíritus. ¿No sabeis qué cosa pedirme? No importa: porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabeis por ventura amar? Pues si sabeis amar lo sabeis todo, porque me sabeis á mí, y lo teneis todo, porque me teneis á mí que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordais cuando anduve por el mundo?

Hubo entonces en la tierra una mujer adúltera, que era ludibrio de las gentes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados, no entendía cosa de plegarias ni de oraciones, *pero yo la miré*, y se enamoró de mí, y se puso calladamente á mis piés; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los

cielos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino á ella sola; nada me pedía sino á mí; y con esto solo hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y serafines, porque enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel santísimo ladrón en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable, ni más menesterozo que él? Pero al rendir su espíritu le puso en mis manos como yo puse el mío en manos de mi Padre; y así como mi Padre me recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de sus culpas.

Yo soy aquél que, antes de dejarme ver de los reyes, me dejó ver de los pastores: y que antes de llamar á mí los abastecidos, llamo á los necesitados. Yo soy aquél que, andado por el mundo di salud á dolientes, lumbré á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy aquel que, puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, sabios y arrogantes, y llamé con tierna voz y amorosa á unos pobres ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo y les lavé los piés, y les di mi cuerpo por manjar, y sangre por bebida, que tanta fué por ellos mi querencia.

Nada amé tanto como vuestra pobreza y vuestro amor, después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas, me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros, que no á ningún príncipe del mundo di la gobernación y el mando de mi Iglesia santísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba; no le examiné de licenciado ni de doctor, sino *de amante*. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna. Pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado, comí el pan de caridad, no tuve un día de reposo: llenáronme de vituperios y afrentas: mis profetas me llamaron *Varon de Dolores*, escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ajeno, al entregar mi espíritu á mi Padre os llamé á todos á mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved como tengo en la Cruz, para recibiros á todos, entrambos brazos tendidos.

Donoso Cortés.

Sobre la observacion de los dias festivos.—El Círculo de la Juventud Mercantil se ha dirigido á los R. R. Cura Párrocos pidiéndoles su concurso para la observacion de los dias festivos en los siguientes términos:

«No se ocultará á sus ilustradas miras que el de-

pendiente de mostrador, este desgraciado sér que desde sus primeros años abandona á su familia y pasa á formar en las filas de los que ganan el pan con el sudor de su frente; este pobre esclavo que carece de los íntimos y dulces goces del hogar y por tanto de los sanos consejos de una madre cristiana y cariñosa, no sólo trabaja los seis días de la semana, sino que tambien, contraviniendo sagradas prescripciones, se le obliga á no descansar en esos días que la Sabiduría Divina consagró á la oracion y á recuperar las perdidas fuerzas.

«Vd. sabe que, si se nos retiene en el mostrador, y hasta se nos priva del alimento tan necesario al espíritu, es porque hay numerosas señoras que en tales días concurren á la salida de los Oficios divinos á nuestros establecimientos á comprar.

«Y como es verdad inconcusa que todo efecto reconoce una causa, y esta, en la ocasión presente, es la concurrencia, faltando ésta, las tiendas tendrían que permanecer cerradas en los domingos y días de precepto, no dándose el triste espectáculo de privar á muchos séres de las expansiones propias en tales días.

«Y ya que Dios instituyó el descanso del día séptimo, descanso extensivo hasta á las bestias; ya que El nos dá el ejemplo despues de la creacion, y no porque tuviera necesidad de descansar, sino como prescripcion *sine qua non*: porque conociendo la fragilidad humana previó que el hombre habia de vivir de su trabajo y tendria necesidad de descanso en un día dado; justo es, que nosotros, imágenes del mismo Sér Supremo, dispongamos de un día á la semana, tanto para que al volver al trabajo al siguiente, lo hagamos con mayor esfuerzo llenando mejor nuestros deberes, cuanto que á la vez, tranquila la conciencia por haber dado al espíritu el necesario alimento, nos ayudará á sobrellevar con cristiana resignacion las penas de la vida.

«Así, pues, R. Párroco, es nuestro deseo y así lo impetramos de Vd., que en las conferencias, en los sermones y en la conversacion particular, recomiende á las nobles y cristianas damas que le oyen, á las distinguidas parroquianas de su respectiva iglesias, que procuren abstenerse, por ser pecaminoso, de visitar las tiendas en domingos y días festivos; que propaguen esa idea entre sus amigos y conocidos y hagan entender á los dueños de establecimientos su resolucion de no comprar en días de asueto.

«Y si ellas—como esperamos—lo toman con empeño como pensamiento propio, no dudamos que alcanzarán el objeto, mejorando las costumbres del dependiente, y haciéndose acreedoras á la gratitud de una clase tan numerosa como digna de servicio tan señalado.

«Por cuanto en nuestro obsequio haga le vivirán reconocidos los que anticipándole las gracias mas expresivas, se ofrecen de V. affmos. S. S. Q. M. B.—*La Comisión.*

Fruto de las escuelas laicas.—En una habitación ricamente adornada yace en su cama un niño de trece años, pálido y que respira con dificultad. Su padre se jacta de no creer en nada, y aún hace alarde de haber descargado buenos golpes sobre la Iglesia. Su madre, arrastrada por las vanidades y respetos humanos, no cree mucho á pesar de la buena educación que se le había dado. El pobre niño no ha oído hablar de Dios y ha asistido á ciertas representaciones dramáticas que hacen subir los colores á la cara del más endurecido presidiario. Mas ahora está enfermo, y el médico ha hecho muy mal pronóstico. El padre y la madre lloran amargamente, y ella, recordando su antigua fe, dice á su marido con débil voz:

—¡Si llamásemos á un sacerdote!

Mas el marido, encogiéndose de hombros, le vuelve las espaldas. La madre ve entonces toda la enormidad del delito cometido en dar una instrucción *laica* á su hijo, y tomando por el brazo á su marido le dice:

—Condénate tú, si quieres; mas yo quiero salvar á mi hijo; no quiero que muera sin un sacerdote.

El padre reflexionaba en su interior la fuerza de estas palabras, y le responde sencillamente:

—¡Piensa en nuestros amigos! vamos á desempeñar un papel ridículo.

Tal es la razón que informa hoy el espíritu de muchos infelices.

La madre sale en busca de un sacerdote; el padre, al verse sólo, se acerca al lecho de su hijo, y después de muchas vacilaciones, movido por un secreto remordimiento, le dice:

—¿No temes algo, hijo mío?... piensa si tal vez hay algo después de esta vida... ¡Si te encomendases á Dios!

El niño quédase un rato silencioso, y luego con una calma espantosa le responde:

—¿Qué quiere decir encomendarse á Dios? ¿De qué me habla usted?

El padre ya deseaba en su interior que llegase el sacerdote, proponiéndose excusarse con sus amigos, dando la culpa á su esposa.

Entra por fin el sacerdote con la madre, y apenas le ve el niño, dando un grito de espanto, exclama:

—¡El cuervo! ¡el cuervo que viene á comerme!

Y escondiendo su rostro dentro de las sábanas, espira, ahogado por un vómito de sangre.

Esta narración es auténtica y la *Semaine religieuse de Grenoble* dice que podría citar el nombre del padre, alto funcionario del Gobierno.

(*Obrero de Nazareth*).

Una reforma social importante.—Suiza, donde tantos progresos de todo género se ha llevado á cabo en beneficio de las clases obreras, acaba de poner en práctica una idea de verdadera importancia, llamada, en nuestro sentir, á dar grandes resultados. Tal es la

creación de un secretario representante de las clases obreras, que se pondrá en relación con el gobierno para cuantos asuntos con ellas se relacionen. El nombramiento de este delegado se hace por una asamblea compuesta de delegados de todas las asociaciones obreras de Suiza, pero en la cual es condición indispensable que no ha de votar ni tomar parte en sus discusiones quien no tenga el carácter de ciudadano suizo.

El gobierno ha destinado en su presupuesto una suma de 4,000 francos anuales para retribuir á este «secretario,» que así se le llama, y cuya misión tiene por objeto ser el órgano entre el gobierno y las asociaciones obreras, tanto para que estas se dirijan á los poderes públicos como para recibir y comunicar las decisiones del gobierno y cuanto á juicio de éste les interese ó convenga conocer. Toda relación de carácter político está expresamente prohibida. El cargo durará tres años, y el primer secretario acaba de ser nombrado en una asamblea federal reunida en Aaran, á la cual han asistido 200 delegados representando á más de 100,000 obreros.

La asamblea, que ha sido un modelo de orden y de calma en sus discusiones, ofreció la particularidad de ser la primera á que han concurrido los delegados

de las asociaciones de obreros católicos, que hasta ahora se han abstenido siempre de tomar parte en las reuniones de las demás sociedades.

Este embrión de un ministerio de la clase obrera nos parece superior á la organización de la «Oficina del trabajo» que existe en Norte-América y más completo y práctico que el mismo sistema.

Ejemplo no seguido.—S. M. la Reina Regente, paseando por el Real Sitio de Aranjuez, se apercebíó de que algunos albañiles estaban trabajando en obras de la expresada finca é inmediatamente les mandó cesar por ser día festivo, ordenando al propio tiempo que se les abonase el jornal.

Y pensar que los comerciantes, incluso los que quieren sentar plaza de católicos de los buenos, no han sabido hasta ahora ponerse de acuerdo para celebrar los días festivos como manda la ley de Dios! ¡Qué vergüenza, sobre todo para estos últimos!

(*El Mataronés.*)

IMPRESA DE BERTRÁN Y ALTÉS, Pelayo, 6, bajos.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Con el fin de que puedan despacharse con regularidad todas las reclamaciones que se nos hagan, se suplica á los señores suscriptores que se dirijan desde hoy al Administrador, calle de Pelayo, n.º 6, bajos, donde ha quedado instalada la Administración de esta Revista.

OBRAS NUEVAS

LAS OVEJITAS DEL NIÑO JESÚS

POR D. JUAN B. ALTÉS Y ALABART, Pbro.

Forma un lindo tomito de más de 200 páginas de prosa y verso, con cubierta alegórica, propio para repartir en Colegios.—Se halla de venta al precio de 2 rs. en rústica y 4 en tela en la Administración de esta Revista, Pelayo, 6, bajos.

Del mismo Autor:

LA PALOMA DEL CARMELO

Ó la vocación religiosa de Santa Teresa de Jesús.

Drama para niñas en tres cuadros y en verso.—Se vende al precio de 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid